

Septiembre. Azul. Isla de Él

El sol de mediodía se reflejaba en el mar convirtiéndolo en un tejido de lentejuelas de oro que casi hacía daño a la vista. Las grandes rocas grises, empenachadas de vegetación intensamente verde, parecían flotar sobre el agua dorada igual que las dos barcas de pesca que se destacaban, negras, como dibujadas a tinta china, casi en el horizonte. Las palmeras se alzaban, inmóviles, en el mínimo círculo de su propia sombra y hasta los monos y los pájaros habían callado, aplastados por el calor y la humedad. Era como si el paisaje, las cabañas de palma y ella misma fueran figuritas diminutas encerradas en un pisapapeles de cristal, flotando en el aire espeso traspasado de luz. Para los habitantes de la isla, el día que había empezado hacía unas horas era uno más, sin ninguna importancia especial. Ella, sin embargo, desde el mismo momento de la salida del sol, había sentido que a lo largo del mundo la Trama había empezado a tensarse. Era apenas un cosquilleo, una sensación remota en las yemas de los dedos, un pequeño tirón en el estómago. Lo que llevaba toda su larga vida esperando, preparando. Se preguntó vagamente quién más estaría esperando también, sintiendo quizá lo mismo que ella, esas ganas de ponerse a cantar, a bailar, de levantar los brazos hacia el cielo y dar las gracias por la felicidad de que hubiera, al fin, llegado el momento. ¿Quedarían más en el mundo como ella? ¿Sentirían lo mismo? ¿Desearían lo mismo? Con suerte, en el verano, el siguiente verano, podrían tal vez reunirse todos y el sueño que durante siglos no había sido más que eso —un sueño— podría convertirse en realidad.

Septiembre. Innsbruck (Austria)

Cuando el sol salió sobre los Alpes, alguien que no había conseguido dormir en toda la noche se levantó, salió a la terraza, agradecido por los primeros rayos de luz, inspiró hondo y pasó la mano suavemente por las flores recién abiertas. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Ni siquiera podía estar seguro de que la Trama hubiera empezado a tensarse; quizá fueran sólo imaginaciones suyas después de tanto desearlo, de tanto preparar el camino, de tantos planes y mentiras y disfraces y cálculos. Era su última posibilidad, porque el tiempo se acababa, y si esta vez no funcionaba no habría más ocasiones para él. Ni para él ni para ella, que era más joven, pero no mucho más. Como si el pensamiento la hubiera convocado, su figura se perfiló en la puerta que desde el salón llevaba a la terraza. Ya no era joven pero seguía siendo la maravillosa compañera que había elegido tanto tiempo atrás. Ninguno de los dos era joven y precisamente por eso la posibilidad de que esta vez funcionara el contacto era tanto más apetecible. Si conseguían que todas las piezas cayeran en su lugar tendrían una oportunidad.

—¿No has dormido? —preguntó ella, acercándose y poniéndole una mano en el hombro.
—No. ¿Cómo iba a dormir si todo está empezando a ponerse en marcha? ¿No lo notas?
—Creo que sí —contestó, dejando vagar la mirada por el valle verde, iluminado ahora por los primeros, dorados rayos del sol naciente—. Pero llevo tanto tiempo imaginándolo que no estoy segura de que sea verdad.
—¿Crees que somos los únicos que lo sentimos, que lo sabemos?
—Somos los más viejos, tal vez, pero no los únicos. Si tenemos suerte, dentro de unos meses volveremos a reunirnos y podremos intentar que suceda.
Se miraron a los ojos sonriendo.

—Tendremos que volver a disfrazarnos, a cambiar de ciudad.
—Será fácil, mi amor. Tenemos costumbre.
Se besaron suavemente en los labios.
—Me gustaría volver a ser joven —dijo ella, mirándose en los ojos de él.
—Volverás a serlo. Volveremos a serlo cuando todo pase, cuando todo vuelva a empezar.

Septiembre. Volders (Innsbruck. Austria)

— ¡Cuenta, cuenta, no me tengas en ascuas más tiempo! Desde tu SMS de anoche estoy que no vivo. — Lena tironeaba la correa de la mochila de Clara mientras bajaban el camino del instituto hacia el café de Herbert, cruzándose con docenas de compañeros que iban hacia arriba y les echaban miradas de reprobación o de envidia. Habían decidido saltarse las clases que hicieran falta hasta que el misterioso SMS de Clara quedara totalmente explicado, con pelos y señales: «Acabo de conocer al hombre de mi vida» no dejaba lugar a muchas dudas, pero a cambio, planteaba muchísimas preguntas. Clara puso los ojos en blanco con una sonrisa de oreja a oreja.

— Es que no sé por dónde empezar, te lo juro. Es que es todo tan increíble... no sé, como de película... no puedo creerme que esto me esté pasando a mí. Sobre todo después de lo de David.

— ¿Qué pasa con David? No me digas que has vuelto a quedar con él...

Clara sacudió vigorosamente la cabeza.

—Claro que no. Te lo prometí y me lo prometí a mí misma.

— ¡Venga, narices, cuenta! ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde lo has conocido? ¿A qué instituto va?-- El café estaba casi desierto a esa hora. Sólo un par de empleados del banco de la esquina estaban aún pagando las consumiciones antes de marcharse al trabajo, y la anciana que siempre salía a pasear el perro y a la vuelta se tomaba una taza de té en la mesa de la ventana estaba empezando a desplegar el primer periódico de los varios que leía y que Herbert ponía a disposición de sus clientes. Se instalaron lo más lejos posible de la mujer y su perro para tener un poco de intimidad, pidieron dos *latte machiatí*, que era lo que más duraba, y se quedaron mirándose. Lena casi dando saltos en el asiento de pura curiosidad, Clara con la típica expresión del gato que se comió al ratón.

—A ver, por orden. Se llama Dominic. Padre alemán y madre italiana. Guapísimo.

— ¿Le has hecho una foto?

—Ya me hubiera gustado, pero no pudo ser. Imagínate qué vergüenza, sacar el móvil y decirle: «Quédate quieto un momento para que pueda hacerte una foto y enseñársela a mi amiga». Pero en cuanto pueda te lo presento.

—Venga, más. Me estás poniendo los dientes largos.

—¿Te acuerdas de que yo el sábado quería que fuéramos las dos al baile del instituto de Martin y los del coro, pero entre que tú tenías que terminar para hoy el trabajo de biología y que mi madre estaba empeñada en que fuera con ella a la fiesta de la empresa, al final me resigné a no ir?

—Pues claro que me acuerdo, chica, ni que tuviera Alzheimer.

—El caso es que, como ya veía que no iba a ir al baile, al final me dejé convencer por mi madre. Quería presentarme a su jefe, a ver si el curso que viene, cuando haya terminado el instituto, puedo entrar a trabajar en uno de los hoteles de la cadena, en la recepción o así, para ver si me interesaría ese ambiente más que la universidad. Como la fiestecilla era más bien de ir elegante, y aún tenía la idea de pasarme después por el baile si

conseguía convencerte de salir, aunque fuera ya a las once o las doce, me puse el vestido negro.

—¿El largo o el corto? —la interrumpió Lena.

—El corto, mujer, la fiesta era por la tarde. Mi madre me dio el visto bueno y nos fuimos a casa de su jefe, un chalé impresionante con vistas sobre todo el valle, con el jardín decorado con lucecitas y antorchas, y mesas de bebidas y canapés por todas partes, y un par de esculturas de hielo. Figúrate, en septiembre; las pobres no hacían más que gotear, con lo bonitas que eran...

—Venga, mujer, al grano. —Lena llevaba ya varias servilletas destrozadas de pura impaciencia.

—Bueno, el caso es que me presentó al jefe, parece que le caí bien, quedamos en que me pasaría en junio para ver ya en serio dónde me podían colocar, mi madre me presentó a tropocientos colegas, comimos, bebimos, charlamos, bueno, más bien charlaron ellos; yo estaba haciendo de niña bien educada, sonrisa y boca cerrada salvo para comer, y cuando ya estaba yo sacando el móvil para llamarte y ver si había suerte y habías terminado el maldito trabajo y podíamos aún pasarnos por el baile, de repente lo vi, al otro lado de la piscina, mirándome.

Rojo. Roma (Italia)

El sol de mediodía derramaba su miel dorada sobre las viejas fachadas de las casas romanas potenciando los ocres, los rosados, los naranjas. En Campo de' Fiori brillaban las frutas y las hortalizas en los puestos callejeros que se arracimaban en torno a la oscura estatua de Giordano Bruno, el filósofo y científico renacentista que murió allí, quemado en medio de la plaza, acusado de hereje y nigromante por haber defendido la existencia de otros soles y otros mundos habitados por seres inteligentes, por negar la divinidad de Cristo, y por la aplicación de la mnemotecnia para conseguir su prodigiosa memoria, que la Inquisición consideró magia negra. Dominic inclinó brevemente la cabeza en señal de respeto al pasar a los pies de la estatua de Bruno, como hacía siempre que estaba en Roma y sus asuntos lo llevaban a aquella plaza, una de las más llenas de vida y de color de la ciudad, una de sus favoritas que, además, estaba junto a su destino: la pequeña iglesia de Santa Bárbara. Después de tanto esperar había llegado el momento. O, al menos, cabía la posibilidad de que hubiera llegado. La inminencia le apretaba la garganta y, aunque no quería confesárselo ni siquiera a sí mismo, estaba ligeramente nervioso. Echó una mirada al reloj. Tenía aún siete minutos, de modo que entró en una enoteca y pidió un Calvados. Sacó el móvil, marcó el número de Eleonora y tecleó unas letras: «¡Showtime!».

Se bebió el Calvados en dos sorbos lentos, apreciativos; su aroma y su textura lo reconfortaron, como tantas veces. Encontró su mirada en el espejo de la barra y se examinó críticamente: tan seguro y tranquilo como siempre, como si lo que se iba a decidir no tuviera apenas relación con él, como si no llevara toda su vida esperando ese momento. La respuesta a su SMS —«In boca al lupo»— lo hizo sonreír y, de repente, se sintió mejor. Fuera cual fuera la decisión, lo peor que podría pasarle era seguir esperando. Tenía costumbre. Esperaría si era necesario. Y si no... si no, todo podría empezar. Por fin.

Rojo. Roma (Italia)

Extendió los brazos, comprobó que sus manos no temblaban, pagó y se marchó a pasos largos, aunque no apresurados, en dirección a Santa Bárbara, una iglesia particularmente pequeña, más bien fea, que había sido blanca alguna vez, semioculta al fondo de una plaza triangular entre las fachadas decrepitas de unas casas que debían de ser tan antiguas como el Maestro Bruno. La puerta estaba cerrada, pero no tuvo más que presionar la pesada manivela de hierro negro y se abrió sin ruido dando paso a un interior oscurísimo y frío, que olía a cera vieja y a inciensos pasados. El silencio era casi tangible. Se internó por un estrecho pasillo, a su derecha, en dirección a la sacristía, también desierta. Abrió uno de los enormes armarios con puertas de nogal donde destacaban cientos de agujeritos de carcomas antediluvianas, apartó unas vestiduras blancas que olían a naftalina y sudor antiguo y, presionando la pared del fondo, deslizó el tablero de modo que quedaron a la vista los primeros peldaños de una escalera de piedra que se perdía en la oscuridad. Entró, volvió a colocar el tablero en su lugar, sacó del bolsillo de la americana una linterna delgadísima que iluminaba tres escalones y, silencioso como un gato, subió hasta un punto en el que la escalera acababa en tres puertas muy bajas. Abrió la de la izquierda, se agachó para pasar y, después de un corto pasillo en una oscuridad total, desembocó en un pequeño vestíbulo forrado en madera donde había varias togas negras en fundas de plástico con sus correspondientes birretes y cadenas. Después de atravesar unas cortinas de terciopelo morado, se encontró en una vasta sala de piso de taracea de mármol de colores y alto techo pintado con un fresco que representaba a Acteón perseguido por la jauría. La fila de ventanas, casi junto al techo, dejaba entrar la luz dorada y cálida del sol de las dos de la tarde destacando las finas tallas y el hermoso color rojizo de los sitials de caoba que recorrían las cuatro paredes de la sala, como en el coro de una catedral. Cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, lo esperaban charlando en un corrillo junto a la pared frontera, donde estaba el estrado que ocuparía el presidente en las Asambleas Capitulares. Todos se volvieron hacia él. Un hombre alto, enjuto, con pelo plateado cortado muy corto y vestido impecablemente de gris con corbata burdeos se acercó a él sonriendo con la mano tendida.

—Querido Dominic, ¡qué alegría! Ya hacía demasiado tiempo.

Se estrecharon la mano y después se abrazaron un instante.

—Sí, tío Gregor. Demasiado. Pero a partir de ahora, si todo sale bien, nos veremos con más frecuencia.

—Eso espero, hijo, eso espero.

Uno tras otro, Dominic fue saludando a los presentes. Estrictamente hablando, no todos eran tíos suyos, pero se conocían desde hacía tanto tiempo y sus intereses estaban tan imbricados que podría haber llamado «tío» a cualquiera de ellos, sin faltar demasiado a la verdad. Y lo cierto era que estaban unidos por la sangre, que pertenecían al mismo clan.

— ¿No había un sitio más incómodo para reunirnos? —preguntó Dominic, una vez terminados los saludos.

—Yo ofrecí mi casa —dijo una mujer alta y elegante, de espeso pelo negro cortado en media melena.

—En tu casa siempre hay demasiada gente, Mechthild —contestó un hombre con aspecto de banquero—. Además, es la costumbre cuando hay que tomar una decisión realmente importante. Este es uno de los pocos lugares que tiene varias entradas y ofrece garantía total de confidencialidad. Ella se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. El banquero le dirigió una mirada desaprobadora, a la que ella no hizo el menor caso; sacó un cenicero del bolso, lo dejó abierto en el borde de uno de los sitials y se acomodó en otro con las

piernas cruzadas. La otra mujer, de pelo muy corto, también negro con algunas mechas azules, se aclaró la garganta hasta que todos se volvieron a mirarla.

— ¿Empezamos?

Los presentes asintieron con la cabeza y cada uno se colocó donde quiso: unos siguieron de pie, otros se sentaron, otros se limitaron a apoyarse en algún sitio, con los brazos cruzados. La mujer se sentó en la mesa del presidente, con los pies colgando.

—Todos sabemos qué hacemos aquí, de modo que no me haré pesada repitiéndolo. Pero tengo que avisaros de que hay otro punto en el orden del día, casi más importante que el que nos ha hecho reunirnos.

—No puede haber nada más importante que nuestra supervivencia —dijo Dominic.

Innsbruck (Austria)

Lena cerró el ordenador con un suspiro, estiró los brazos por encima de la cabeza y se levantó de la silla donde había estado sentada más de media tarde, primero terminando todo lo que había que hacer para el día siguiente y luego navegando por la Red en busca de información sobre el flamante amor de Clara.

De algún modo que no podía precisar, aquel desconocido le daba mala espina y, aunque sabía que era injusto pensar mal de alguien a quien ni siquiera había visto al natural, solía fiarse de sus instintos y por eso se había pasado casi dos horas saltando de aquí para allá buscando datos y fotos. El numerito de las rosas era lo que había hecho saltar todas sus alarmas. Sin embargo, ahora que se había convencido de que Dominic von Lichtenberg era de verdad hijo de millonarios —incluso, posiblemente, de multimillonarios— ya no le parecía tan increíble que le hubiese regalado a Clara todo el ramo que llevaba el vendedor. Le seguía pareciendo imbécil, eso sí, una muestra de arrogancia y de presunción, pero ella nunca había conocido a un millonario y no tenía ni idea de si ciertas cosas que para ella eran pretenciosas y absurdas, resultaban normales en esa clase social. Al menos, por lo que había podido averiguar, el chaval se ganaba su sueldo y trabajaba en el consorcio familiar en un alto puesto directivo, a pesar de su juventud. Tenía veinticinco años y ya era licenciado en derecho internacional e ingeniería financiera. Una lumbrera, vamos. Y además era realmente guapo, en eso Clara tenía toda la razón. En Internet había encontrado unas cuantas fotos de Dominic —no tantas como ella se había imaginado para alguien de la *jet set*— casi siempre en fiestas de beneficencia o relacionadas con su empresa, y dos en las que se le veía practicando su deporte favorito: la escalada en solitario.

En resumen, no había encontrado nada que apoyara su recelo contra aquel muchacho surgido de la nada que había vuelto loca en un instante a su mejor amiga. Lena era una chica reflexiva, analítica, dotada de un pensamiento tan racional que a veces llegaba incluso a asustar a sus amigos, y por eso era capaz de enfrentarse directamente con todas las posibilidades que pudieran aclarar su actitud y su comportamiento, calibrarlas, rechazar las que no representaran una solución y aceptar lo que quedara, al más puro estilo Sherlock Holmes. Si no había encontrado nada que justificara esa reacción visceral suya en contra de Dominic von Lichtenberg, sólo cabían dos explicaciones: o bien había algo realmente y ella no había sido capaz de encontrarlo —ya que al fin y al cabo si en la vida del tal Dominic existía un secreto sucio no iba a estar en la Red al alcance de cualquiera—, o bien se trataba simplemente de que estaba celosa de Clara, o que le tenía

envidia por haber encontrado a un chico como él. La segunda posibilidad era, objetivamente, lógica. Y sin embargo sabía que no era así. No estaba celosa. No le tenía envidia. Era algo indefinible que le susurraba: «Tienes que apartar a tu amiga de ese hombre; ese hombre es peligroso, muy peligroso», pero no encontraba nada con que apoyar ese miedo difuso. Tendría que esperar a conocerlo y ver si, al natural, su recelo aumentaba o bien se desvanecía.

Eso sería lo mejor, porque siempre había soñado con tener una buena relación con el novio de su mejor amiga y que Clara también le tuviera cariño al chico que ella eligiera, que pudieran salir